

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: ¿Está el Señor realmente con nosotros? –
Reflexiones acerca de Jueces 6:13
(11 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

Jueces 6:11-13

¿Cómo puede Dios permitir esto?

Algunos hombres que han experimentado penas y aflicciones o que escuchan de catástrofes, se enojan con Dios – incluso algunos que dicen que no creen en Él.

“¿Cómo puede Dios permitir esto?” Muchos creyentes encuentran en su vida una y otra vez señales de la bondad y amabilidad de su Dios (lea Sal. 34:8; 40:5; 71:15). Sin embargo el ser cristiano no es un seguro en contra de sufrimiento y dolor (comp. Sal. 34:19; 2.Co. 1:8). Tener que pasar por tribulaciones y sufrir penas puede llegar a ser justamente para creyentes una gran prueba: “Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día” (Sal. 73:13,14a). Si yo soy hijo de Dios, ¿cómo puede Él, que es todopoderoso y que me ama, permitir que tenga que sufrir tanto?

Representando a muchos, el joven Gedeón hace la pregunta: “si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto?” (Jue. 6:13). Observemos a este hombre un poco de cerca – a él y la situación, la que llevaba a esta pregunta.

Dios había liberado al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto y durante cuarenta años lo había cuidado y llevado a través del desierto. Después lo había introducido a la tierra prometida de Canaán. Él ayudó a los israelitas a subyugar a los pueblos ocupantes allí. Pero no los habían expulsado del país, sino que ellos vivían entre el pueblo de Israel y seguían practicando sus cultos paganos. Josué siendo el sucesor de Moisés había guiado al pueblo en este tiempo. Antes de que él muriera, ya se notaba que a los israelitas les costaba mucho seguir fielmente a Dios y guardar los preceptos del pacto que Él había hecho con ellos en el desierto. “Yo soy Jehová tu Dios ... no tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éx. 20:2,3).



Día 2

Jueces 2:10-23; Éxodo 20:2,3

“Yo soy Jehová tu Dios“.

Dios había escogido al pequeño y débil pueblo de Israel para ser su especial propiedad y aliado (comp. Dt. 7:6-8). Él quería ser su rey, luchar por él, bendecirlo y cuidarlo. Él debía guardar los mandamientos de Dios y honrarle solo a Él, amarle y confiar en Él.

Pero ésto desde el principio fue una fuerte lucha interna. Los israelitas habían conservado de su tiempo en Egipto el culto y servicio a varios de los dioses de allí, junto a su veneración a Yahveh. Y luego, en Canaán, simpatizaron muy pronto con los cultos religiosos de los pueblos con los cuales vivían juntos.

Josué en su tiempo ya los había desafiado y llamado a la decisión y claridad: “Escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Jos. 24:15).

En aquel tiempo los israelitas habían contestado: “¡Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses!” (Jos. 24:16). Sin embargo, algunos años más tarde lo habían olvidado.

El libro de los jueces, en el cual se nos cuenta la historia de Gedeón, habla del tiempo después de la muerte de Josué.

El proceso descrito en el capítulo 2 se ha repetido una y otra vez; el pueblo se aleja de Dios y adora a otros dioses; luego Dios lo abandona a pueblos hostiles; en su angustia se vuelven a Dios y claman por ayuda; Dios les envía un salvador para derrotar a los enemigos; tan pronto como se recuperan y el juez ha muerto, se olvidan de Dios y vuelven a alejarse de Él. Nuevamente Dios envía a los enemigos y se repite el ciclo.

El llamado de Josué es muy actual: “¡Escogeos hoy a quién sirváis!”



Día 3

Jueces 6:1-10;

¡Inconcebiblemente fiel!

El capítulo 6 del libro de los jueces cuenta uno de estos ciclos ayer descritos. Al comienzo vemos una corta descripción de la situación: “Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de Madián por siete años”.

Los madianitas, así sigue el comentario, irrumpieron regularmente en el tiempo de la siega en las regiones de Israel y saquearon y destruyeron todo lo que ellos habían sembrado y levantado con tanto esfuerzo. "De este modo empobrecía Israel en gran manera por causa de Madián, y los hijos de Israel clamaron a Jehová" (v.6).

Se puede menear la cabeza respecto a Israel y su relación con Dios durante el tiempo de los jueces. Sin embargo, ¿acaso este desarrollo no es muy humano? También en la vida de los seguidores de Jesús hay subidas y bajadas en su relación con el Señor, que es invisible para nosotros y por eso nos parece irreal muchas veces.

Cuando Dios calienta mi corazón para Él a través de Su Palabra y Su Espíritu, es fácil para mí confiar y obedecerle, entregarme a Él y comprometerme con su causa. Pero muchas distracciones e “ídolos” también me cortejan. Ciertos pecados siempre me atraen. ¡Cuántas veces he confesado la misma culpa a Jesús – y luego he tropezado de nuevo en lo mismo! ¡Es para desesperarse! Esto hace que uno se pregunte: ¿puede Jesús perdonarme otra vez? ¿Acaso no perderá Él la paciencia conmigo? ¿No será así que su amor llega a sus límites cuando yo no cambio en absoluto? Es casi incomprensible que Dios está siempre listo para perdonarnos de nuevo, si confesamos nuestra culpabilidad y nos arrepentimos.

¡Qué fidelidad! ¡Qué paciencia! “Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo” (2.Ti. 2:13; lea 1.Jn. 1:8,9).



Día 4

Jueces 6:11-13

Preguntas angustiosas

“De este modo empobrecía Israel en gran manera por causa de Madián; y los hijos de Israel clamaron a Jehová” (v.6). Respondiendo a este clamor por ayuda, Dios envió a su mensajero, a un ángel, al hijo de un campesino llamado Gedeón, que estaba sacudiendo trigo – significativamente no en la era, como era lo normal, sino en el lagar, una cueva, donde los enemigos no lo podían encontrar fácilmente. Allí el ángel habla con Gedeón y escucha de él la respuesta llena de reproches: “si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto?” (v.13a). En otra traducción (NVI) el tono parece aún más amargo: “Pero, señor, si el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos sucede todo esto?”

¿Qué le había provocado tanto a este joven? Es asombroso: él reacciona con esta pregunta irritada a la palabra animadora y declaración: “¡Jehová está contigo!” (v.12).

Realmente pueden haber situaciones en las que también nosotros haremos la misma pregunta: si Dios está con nosotros, si Él realmente está conmigo, ¿por qué ...? La pregunta aparece, cuando estamos bajo gran tensión, cuando pesa mucha aflicción sobre nosotros – esto pueden ser nuestras propias tribulaciones o las de otras personas. Nosotros oramos y luchamos y esperamos y creemos, pero en algún momento nos inquieta el pensamiento: si Dios realmente está conmigo, ¿por qué no hace nada? ¿Por qué no interviene? ¿Por qué no se mueve? ¿Por qué no habla conmigo?

En la Biblia encontramos palabras muy parecidas que no disimulan nada: “¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? ¿Hasta cuándo pondré consejos en mi alma, con tristezas en mi corazón cada día?” (Sal. 13:1,2; 43:2b; lea Sal. 77:7-10; Hab.1:2,3). ¡Qué bueno que podemos decir todo claramente delante de Dios!



Día 5

Jueces 6:13; Salmo 42

“¿Está el Señor con nosotros?”

“Si el Señor está con nosotros, ¿por qué ...?” ¿Conocemos tales preguntas? Si Dios está conmigo, ¿por qué no me muestra el camino por el que debo andar? Si Dios está conmigo, ¿por qué ha permitido este accidente? ¿Por qué no cura esta enfermedad? ¿Por qué no me quita este temor, mi iracundia, mi celo, mi melancolía? ¿Por qué no sana las relaciones rotas entre padres e hijos, entre los cónyuges? ¿Por qué – si Él está conmigo? Tales preguntas nos tocan en lo más íntimo.

Pero también llegan a ser una tentación, cuando se trata de nuestras iglesias y de los asuntos de Dios, de la edificación de Su reino: si Dios está con nosotros, ¿por qué no encontramos los colaboradores para las tareas importantes? ¿Por qué tan poca gente viene a los cultos? ¿Por qué no se mueve nada? ¿Por qué nadie se convierte? ¿Por qué Dios permite que se cierren puertas para el servicio? ¿Por qué – si Dios está con nosotros?

Si Dios realmente está con nosotros ... pero, ¿realmente *lo es*? En algún momento nos sobreviene esta pregunta: ¿*realmente* Él está con nosotros? O, ¿quizás Dios no está nada con nosotros? ¿Acaso se ha retirado de nosotros?

Que Dios esté con nosotros, no es algo normal. Pues en realidad Dios y el hombre no concuerdan, no pueden formar una unidad.

Cuando Pedro reconoce el poder divino que obra en Jesús, se asusta: “¡Apártate de mí, Señor!, porque soy hombre pecador” (Lc. 5:8; lea Is. 6:1-7). Sin embargo, Jesús no se retira de él. Más bien le da la dignidad de ser su mensajero: “¡No temas! Desde ahora serás pescador de hombres”.

Dios busca y encuentra el camino, cómo puede estar con nosotros y cómo podemos nosotros estar con Él.



Día 6

Isaías 59:1-20

“Si el Señor está con nosotros ...”

En varias partes, la Biblia da testimonio de la cuestión, si Dios está con nosotros, los hombres, o no. Junto a la confirmación como “el Señor está contigo” o “ciertamente yo estaré contigo” (Jue. 6:12b,15a) encontramos también palabras como en Pr. 15:29: “Jehová está lejos de los impíos; pero él oye la oración de los justos”.

Dios muestra con toda claridad que no se deja aprovechar de nadie. “He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Is. 59:1,2).

Dicho con otras palabras: nuestra relación con Dios puede apagarse por nuestra propia culpa. Es de vital importancia para nuestra comunión con Dios, que dejemos que Él nos pruebe conforme a sus parámetros, que le pidamos que Él nos muestre el pecado en nosotros y que nos arrepintamos y le pidamos el perdón.

La promesa de la cercanía de Dios vale para los “justos”. Pero, ¿quién puede ser “justo” ante Dios? Ningún hombre, si se refiere que debemos ser inocentes, sin ninguna falta, para que Dios pueda estar con nosotros. La única justicia que podemos alcanzar y la que tiene valor delante de Dios es una justicia regalada: Jesús en la cruz ha llevado nuestra culpa e injusticia sobre sí y recibió el castigo por ello. Él cargó nuestra injusticia y Su justicia se nos regala, si creemos en este hecho (Ro. 3:21-26,28; 5:1,2,8,9).

Esta es la única razón, por qué Dios puede estar con nosotros: ¡solo por Jesús! Hay un nombre de Jesús que expresa justo esta verdad: “Emanuel” – lo que significa: “Dios con nosotros” (comp. Is. 7:14; Mt. 1:23)



Día 7

Jueces 6:13; Marcos 4:35-41

Estar en peligro de fracasar – ¿a pesar de que Jesús está conmigo?

Si yo quiero que “el Señor esté conmigo”, puedo invitar a Jesús a mi vida y recibir a aquel, que me puede acercar a Dios y hacerme un hijo de Dios. Leemos acerca de Jesús: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12).

Quizás usted ya escuchó y entendió mucho acerca de Dios, pero aún no está seguro, si realmente usted es un hijo de Dios. Hoy puede comenzar una vida junto con Dios. En la lista de temas devocionales, bajo el título “Vida cristiana y obra misionera”, usted puede encontrar “una propuesta de oración”. Con palabras así puede invitar a Jesús a su vida.

“Si el Señor está con nosotros ...” Suponemos que lo podemos contestar con “sí”. Hemos recibido a Jesús, el “Emanuel – Dios con nosotros” en nuestra vida. El problema que tenía Gedeón y que nosotros también conocemos, comienza recién así: si Dios está con nosotros, ¿por qué nos va mal?

Si Gedeón reacciona a la promesa del ángel “Jehová está contigo” con la amarga pregunta: “si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto?”, él revela una manera de pensar que para nosotros también es muy conocida.

Gedeón nos muestra *dos errores de pensamientos*, que están muy difundidos entre los creyentes. El *primer error* es éste: “*Dios no puede estar con nosotros, pues nos va mal*”. Pero, ¿acaso es cierto que nuestras aflicciones son una señal de la ausencia de Dios? Es una prueba para nosotros los creyentes, que muchas veces estamos bajo presión – pero no porque Dios no estuviera con nosotros.

Se pueden levantar grandes tormentas, aunque Jesús está con nosotros “en el bote”. (Lea 2.Ti. 3:12; Hch. 14:22.)



Día 8

Jueces 6:13; Salmo 46:1-5,11; 2.Corintios 4:7-10

“Dios no puede estar con nosotros, pues nos va mal”.

Gedeón piensa, es obvio: si Dios realmente estuviere con ellos, los israelitas, entonces Él no permitiría la opresión por los madianitas. Pero como “todo esto” les sobrevino, él concluye que Dios los ha abandonado. Esta es una prueba muy antigua. “Pero Sion dijo: me dejó Jehová, y el Señor se olvidó de mí” (Is. 49:14).

¡Dios me ha olvidado! Este pensamiento no es extraño para nosotros. Una y otra vez Dios nos tiene que consolar y corregir nuestra manera de pensar: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida” (Is. 49:15,16a).

Se dice que el hombre, comparándolo con el animal, es un ser de poco instinto. Sin embargo, uno de los pocos instintos del hombre es el cuidado de una madre por su hijo recién nacido. El llanto del pequeño es el estímulo que suelta en cada madre sana la reacción de atenderlo. Con este ejemplo Dios ilustra Su inquebrantable fidelidad con nosotros: antes una mujer olvida su bebé, que Dios desampare a su pueblo. E incluso cuando sus hijos están en tribulación y miseria, menos los puede abandonar. Sin cesar nos lleva sobre Su corazón, como una madre a su hijo.

Justamente cuando, como dice Gedeón, “nos ha sobrevenido todo esto” – sea lo que fuere en nuestra vida – justamente entonces podemos entregarnos confiados en las manos de Dios y Su promesa: “Yo nunca me olvidaré de ti” (Is. 49:15b).

“Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Is. 54:10).



Día 9

Salmo 103:8-18

Un segundo error de pensamientos

Hay un conocido texto “huellas en la arena”, en que un hombre cuenta de un sueño. Él se ve junto con Dios paseándose en la playa. Cuando vuelve su mirada hacia atrás, hacia el camino de su vida, ve en la arena dos pares de pisadas – las suyas y las de Dios. Pero después le llama la atención que en los caminos muy difíciles de su vida se ve solo una huella de pisadas. Él pregunta a Dios: “Señor, tú has prometido estar siempre conmigo. ¿Por qué me has dejado solo, cuando la situación era muy penosa?” El Señor le contesta: “hijo mío, no te he dejado nunca solo. Allí, donde ves solo una huella, yo te he llevado en brazos”.

Siempre podemos creer en la promesa de Dios: “... no te dejaré, ni te desampararé” (Jos. 1:5)

El primer error de pensar era: “Dios no puede estar con nosotros, pues nos va mal”. *El segundo error* suena así: “Dios no puede estar con nosotros, pues nosotros somos malos”. Dicho de otra manera: por nuestra culpa Dios nos desampara.

No sabemos si Gedeón pensaba así. Pero este pensamiento se impone al reflexionar, que cada uno recibe lo que merece – sea lo bueno o lo malo. ¿Acaso Dios puede estar con nosotros, viendo cómo somos?

Es verdad: una auto crítica ante Dios es importante. Pero, ¿cómo sería nuestro mundo si Dios se retirara de todos los malvados y de todos los pecadores, quitando Su mano de ellos y les diera lo que merecen?

Y si Dios nos diera a nosotros, los creyentes, lo que merecemos, ¿no habría terminado hace mucho la iglesia de Dios? (Lea Mt. 5:45; Lc. 12:32.)



DÍA 10

Jueces 6:13; Lucas 22:31-34, 61, 62;

Juan 21:15-17

“Dios no puede estar con nosotros, pues nosotros somos malos”

Es una tentación muy conocida: ¿por qué le va bien a los injustos? (Comp. Sal. 73:2ss.) Quizás también nosotros nos preguntamos a veces: ¿por qué nos va tan bien a nosotros, los creyentes, aunque muchas veces somos demasiado “débiles” para hacer el bien? (Lea Ro. 7:18-20.) ¿Por qué Dios permite que hagamos tantas cosas que le ofenden? ¡Realmente la gracia de Dios es incomprendible!

Realmente Él puede estar con nosotros, aunque no nos lo podemos imaginar. Dios solo sabe, cuán profundo es el abismo del pecado, debilidad, maldad e injusticia, también en los corazones de sus hijos. Sin embargo, Él dice – y lo afirma - : *“Yo estoy contigo”*. Es un tremendo secreto, algo incomprendible, algo de lo cual no podemos disponer. Dios no se deja decepcionar por nada. Él no se deja amargar ni se atemoriza. En la historia del pueblo de Israel y también en la vida de algunos personajes bíblicos reconocemos la increíble gracia de Dios y la abundancia de Su disposición para perdonar.

¿Acaso Dios puede estar conmigo, si soy como soy? Quizás así se habrá preguntado Pedro, después de haber negado tres veces al Señor. Pero Jesús no vio solamente su culpa, sino también su contrición, y reestableció la relación rota, perdonó a su discípulo y de nuevo le confió a sus “ovejas”.

“El Señor está contigo”, esto tiene vigencia para mí también en situaciones cuando no vivo así, como a Él le agrada o como corresponde a Él. Nuestras imaginaciones de si el Señor está con nosotros y bajo cuáles condiciones, muchas veces son demasiado cortas o inadecuadas.

“El Señor está contigo”, no importa, si sentimos su cercanía o no; si lo merecemos o no. Con toda confianza podemos creer en Su promesa: “He aquí, yo estoy contigo, ... no te dejaré ...” (Gn. 28:15).



Día 11

Jueces 6:12,13; Salmo 73:1-5,12-17,21-28

Dios sólo es suficiente

“Si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto?, pregunta Gedeón y nosotros muchas veces preguntamos también así. Pero ningún sufrimiento puede negar la existencia de Dios, Su cercanía o Su amor hacia nosotros.

Sí, de verdad debemos preguntarnos si el Señor está con nosotros, en el sentido, si tenemos a Jesús en el “bote” de nuestra vida. Y también debemos preguntarnos, si vivimos de tal manera que corresponde a Su gloria y santidad. Pero al final y por último podemos confiar en Su gracia, que es amplia como el cielo, y la que Él nos compró y reveló en la cruz del Calvario.

Si yo debo soportar penas, no me ayuda la pregunta: “¿por qué?” Las razones pueden aparecer comprensibles, pero rara vez son claras o patentes. También la pregunta por el “¿para qué?” es pura especulación. A veces nos abruma los intentos demasiado piadosos de explicación. Sólo la decisión de confiar en la promesa de Dios es sostenible: “Ciertamente es bueno Dios para con Israel” (Sal. 73:1). Poder saber que Dios me ama bajo cualquier circunstancia es suficiente. Aunque no entienda nada, puedo confiar en Él. “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (v.25,26).

Teresa de Ávila, monja y fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzas, expresó las siguientes palabras en el siglo 16: “Nada te haga confundir, nada te asuste, todo pasa. Dios no cambia. La paciencia consigue todo. El que se aferra a Dios, no le hará falta nada. Dios sólo es suficiente”.

Es bueno que siempre nos acordemos de esto. Lo podemos expresar en oración: “Señor, yo confío en ti. No lo tengo que comprender. Yo confío en ti, a pesar de todo”.


